

Pero la sobriedad tan sólo es una cualidad cuando se tienen otras.

Gilliatt era presa de la aversión pública.

En cualquier caso, como *marcou*, Gilliatt podía resultar útil. Cierta Viernes Santo, a medianoche, día y hora idóneos para este tipo de curas, todos los escrofulosos de la isla, de manera espontánea u organizada, fueron en multitud al Bû de la Calle, con las manos implorantes, mostrando sus lastimosas llagas, para pedir a Gilliatt que les curase. Se negó. Aquella fue la prueba definitiva de su maldad.

VI LA PANZA

Así era Gilliatt.

A las mujeres les parecía feo.

No lo era; tal vez fuera incluso hermoso. Su perfil tenía algo de bárbaro de la Antigüedad. En reposo, parecía un dacio de la columna de Trajano. Tenía las orejas pequeñas, delicadas, sin lóbulo y con una excelente forma acústica. Entre los ojos, tenía esa fiera arruga vertical del hombre intrépido y perseverante. Las comisuras de su boca se torcían hacia abajo, lo que le daba un aire de amargura. Su frente trazaba una curva noble y serena. Su pupila miraba con franqueza, aunque se enturbiaba con el parpadeo típico de los pescadores producido por las reverberaciones de las olas. Su risa era pueril y encantadora; no había marfil más puro que el de sus dientes. Pero el sol le había tostado casi como a un negro. Nadie intima impunemente con el océano, la tempestad y la noche; con treinta años, parecía tener cuarenta y cinco. Presentaba la máscara sombría del viento y del mar.

Le habían apodado Gilliatt el Malicioso.

Una fábula hindú nos cuenta: un día Brahmán preguntó a la Fuerza: «¿Quién es más fuerte que tú?». Y ella respondió: «La destreza». Un proverbio chino dice: «¡Qué no podría hacer el

tigre, si fuera mono!». Gilliatt no era ni tigre ni mono, pero su comportamiento venía a confirmar el proverbio chino y la fábula hindú. Con una estatura y una fuerza ordinarias, siempre encontraba el medio, tan creativa y poderosa era su destreza, para alzar fardos de gigante y realizar proezas de atleta.

Había en él algo de gimnasta. Podía utilizar indistintamente la mano derecha y la izquierda.

No cazaba, pero pescaba. Respetaba a los pájaros, pero no a los peces. ¡Pobres mudos! Era un excelente nadador.

La soledad forja hombres de talento o idiotas. Gilliatt presentaba ambos aspectos. Por momentos, se le podía sorprender en «actitud estupefacta», como ya hemos comentado, pudiendo confundírsele con alguien embrutecido. En otros momentos, en su mirada brillaban misteriosas profundidades. La antigua Caldea tuvo, en cierta época, hombres así; la opacidad del pastor dejaba de repente translucir el mago que llevaba dentro.

En suma, no era más que un pobre hombre que sabía leer y escribir. Es probable que estuviera en el límite que separa al soñador del pensador. El pensador busca activamente, el soñador encuentra pasivamente. La soledad, cuando rodea a los simples, en cierta manera los complica. Se ven penetrados, sin saberlo, de horror sagrado. La sombra en la cual estaba sumido el espíritu de Gilliatt se componía, a partes casi iguales, de dos elementos, oscuros ambos pero muy diferentes: dentro de él campaba la ignorancia, que es una enfermedad; fuera de él, el misterio, que es la inmensidad.

A fuerza de trepar por las rocas, escalar los acantilados, ir y venir por el archipiélago hiciera el tiempo que hiciera, manejar la primera embarcación que cayera bajo su mano, arriesgarse día y noche por los pasajes más difíciles, se había convertido en un hombre de mar sorprendente, sin pretender además sacar provecho de ello, simplemente por placer y diversión.

Era un piloto nato. El verdadero piloto es el marinero que navega más por el fondo que por la superficie. La ola es un problema superficial, continuamente complicado por la configuración submarina de los lugares por los que pasa

la nave. Viendo a Gilliatt bogando por fondos bajos y entre los arrecifes del archipiélago normando, se diría que tenía, dentro de la cabeza, un mapa del fondo del mar. Todo lo conocía y a todo se atrevía.

Conocía las balizas mejor que los cormoranes que se posan en ellas. Las imperceptibles diferencias que distinguen los cuatro postes baliza del Creux, de la Alligande, de las Trémies y de la Sardrette le resultaban perfectamente nítidas y claras, incluso en plena niebla. No dudaba ni un instante ni ante la estaca con pomo ovalado de Anfré, ni ante la triple punta de lanza de la Rousse, ni ante la bola blanca de la Corbette, ni ante la bola negra de Longue-Pierre, y no había que temer que confundiera la cruz de Gobeau con la espada plantada de la Platte, ni la baliza martillo de las Barbées con la baliza de cola de milano del Moulinet.

Su excepcional ciencia de marinero brilló especialmente en ocasión de una de esas justas marítimas llamadas regatas que se celebró en Guernesey. Consistía en lo siguiente: llevar solo una embarcación de cuatro velas desde Saint-Sampson hasta la isla de Herm, que está a una legua, y traerla de vuelta. Maniobrar solo un barco de cuatro velas, no hay pescador que no sea capaz de hacerlo, no es demasiado difícil, la dificultad consistía en dos particularidades: primero, la propia embarcación, que era una de esas chalupas panzudas anchas y sólidas de antaño, al estilo de Róterdam, que los marineros del siglo pasado llamaban «panzas holandesas». Aún se puede ver, de vez en cuando en el mar, alguna de esas antiguas gabarras holandesas, mofletuda y chata, que tiene a babor y a estribor dos alas que se abaten según el viento y que sustituyen a la quilla. La segunda dificultad consistía en la vuelta de Herm, que había de hacerse con un pesado lastre de piedras. Se partía vacío pero se volvía cargado. El premio de la justa era la propia chalupa, que pasaría a ser propiedad del vencedor. Esta panza había servido de barco-piloto; el marinero que la había llevado durante veinte años era el más robusto de la Mancha; a su muerte, no encontraron a nadie

dispuesto a gobernar esta embarcación, por lo que se decidió entregarla como premio de una regata. La panza, aunque no tenía puente, tenía sus virtudes y podía resultar atractiva para alguien con gran habilidad en la maniobra. Estaba arbolada en la proa, lo que incrementaba la potencia de tracción del velamen y no estorbaba para el cargamento de la nave. Tenía un casco sólido, pesado pero amplio, que se comportaba bien en alta mar; una auténtica barca de confianza. Le salieron numerosos pretendientes; la disputa era ruda pero el premio hermoso. Se presentaron siete u ocho pescadores, los más vigorosos de la isla. Lo intentaron uno a uno, pero ni uno solo logró llegar a Herm. El último en intentarlo era famoso por haber logrado atravesar a remo, con mar gruesa, la temible barra que hay entre Serk y Brecq-Hou. Empapado en sudor, regresó con la panza y dijo: «¡Es imposible!». Entonces Gilliatt entró en la embarcación, empuñó primero el palo de virar y después la escota mayor y se hizo mar adentro. Entonces, sin abatir la escota, lo que hubiera sido una imprudencia, y sin soltarla, lo que le permitía ser dueño de la vela mayor, dejando a la escota rodar sobre el estrobo a merced del viento sin derivar, empuñó con la mano izquierda el timón. En tres cuartos de hora ya estaba en Herm. Tres horas después, a pesar de que se había levantado un fuerte viento del sur que golpeaba la nave a través, la panza, gobernada por Gilliatt, regresaba a Saint-Sampson con el cargamento de piedras. Sintióse sobrado y a modo de bravuconada, Gilliatt había añadido al cargamento el pequeño cañón de bronce de Herm, que los habitantes de la isla disparaban cada 5 de noviembre para celebrar alegremente la muerte de Guy Fawkes¹⁵.

15 Guy Fawkes (1570-1606) fue un soldado inglés que participó en una conspiración para restablecer el catolicismo en Inglaterra. Fue detenido cuando escondía unos barriles de pólvora, juzgado y ejecutado.

Guy Fawkes, dicho sea de paso, murió hace doscientos sesenta años; es, pues, una dilatada alegría.

Gilliatt, así de sobrecargado, pese al cargamento extra del cañón de Guy Fawkes y al viento del Sur que soplaba su vela, trajo, se podría decir que cargó con ella, la panza hasta Saint-Sampson.

A la vista de esto, *mess* Lethierry exclamó: «¡He ahí un intrépido marinero!». Y tendió su mano a Gilliatt.

Volveremos a hablar de *mess* Lethierry.

La panza fue adjudicada a Gilliatt.

Esta aventura no deslució su apodo de Malicioso. Algunas personas comentaron que la cosa no tenía nada de sorprendente, puesto que Gilliatt había escondido en la barca una rama de meliloto silvestre. Pero esto no se pudo probar.

A partir de ese día Gilliatt no tuvo otra embarcación que la panza. Iba a pescar en esta pesada barcaza. La amarraba en el pequeño y buen fondeadero que poseía para él solo bajo el muro mismo de su casa del Bû de la Calle. A la caída de la noche, se echaba las redes al hombro, atravesaba el huerto, saltaba el parapeto de piedras secas, se descolgaba de una roca a otra y saltaba a la panza. Y de ahí, a alta mar.

Pescaba mucho, pero se afirmaba que siempre llevaba la rama de meliloto atada en su barco. El meliloto es el níspero. Nadie había visto dicha rama, pero todo el mundo creía en ella.

El pescado que le sobraba no lo vendía, lo regalaba.

Los pobres recibían pescado, pero seguían desconfiando de él, debido a la dicha rama de meliloto. Estaba mal, no se debe engañar al mar.

Era pescador pero era también otras cosas. Tenía instinto, así que, para distraerse, aprendió tres o cuatro oficios: carpintero, herrero, carretero, calafate e incluso un poco mecánico. Nadie reparaba una rueda como Gilliatt. Se fabricaba a su manera sus propios artilugios de pesca. Tenía, en un rincón del Bû de la Calle, una pequeña forja y un yunque, y como la panza tan sólo tenía un ancla, había fabricado, él solo, otra. Este ancla era excelente; el arganeo tenía la solidez requerida y, sin

que nadie le enseñara nada, había hallado la dimensión exacta que debe tener el cepo para evitar que el ancla zozobre.

Había sustituido, con gran paciencia, todos los clavos del bordaje de la panza por cabillas, que hacían imposible la aparición de agujeros de herrumbre.

De esta manera, había mejorado mucho las cualidades marineras de la barcaza. De vez en cuando, aprovechaba para ir a pasar un mes o dos en algún islote solitario como Chousey o los Casquets. La gente decía: «Vaya, Gilliatt se ha marchado». Nadie se apenaba por ello.

VII

EN CASA VISIONADA, HABITANTE VISIONARIO

Gilliatt era un hombre que vivía entre sueños. De ahí sus audacias y de ahí su timidez. Tenía sus ideas propias.

Tal vez hubiera en Gilliatt algo de alucinado y algo de iluminado. Las alucinaciones rondan tanto a un campesino como Martin¹⁶ como a un rey como Enrique IV. Lo Ignoto sorprende a veces al espíritu del hombre. La sombra se desgarrá bruscamente, dejando ver de repente lo invisible, y se vuelve a cerrar. A veces estas visiones resultan transfiguradoras; convierten a un camellero en Mahoma y a una pastora en Juana de Arco. De la soledad emanan ciertas divagaciones sublimes. Es el humo del arbusto ardiente. Se produce un misterioso temblor de ideas que proyecta al doctor en vidente y al poeta en profeta; de lo que resulta Horeb, el Cedrón, Ombos, las ebriedades del laurel mascado de Castalia, las revelaciones del mes de Busión; resultan también las sacerdotisas de Dódona, Femonoe en Delfos, Trofonio en

16 Thomas Martin de Gallardon, labrador que se hizo famoso por sus visiones de que Luis XVII había sobrevivido a las mazmorras de la Revolución.